

MANUEL MEJÍA VALLEJO

FERNANDO VERA ÁNGEL¹

¹ Escritor y periodista. Fue columnista de *El Colombiano* y *El Tiempo*, presentó y dirigió entrevistas en Teleantioquia. Fue director y propietario del radioperiódico *Clarín*. Autor de una biografía sobre el escultor Rodrigo Arenas Betancur, y otros textos como *Bolero Bar: Que veinte años no es nada* y *Cachifreña*, Cuadernos de Cátedra Libre, Ediciones UNAULA.

Desde hace cosa de diez años, a algunos autodenominados gestores culturales les dio por reencauchar a Fernando González. Con él, estos adalides de las llamadas generaciones postmodernas resucitaron el nadaísmo, movimiento cultural que mientras gozó de su cuarto de hora tuvo claros y oscuros, tantos como altos y bajos, pero que, en buena hora, algunos apenas descubren, de cuenta de un *boom* que se mantiene merced al fenómeno en boga de las redes sociales.

Eso está bien. Todo en aras de rescatar valores provinciales. De retomar pretéritas tendencias, que se dieron en consonancia con otras que deslumbraron cenáculos intelectuales europeos, como el

dadaísmo y el existencialismo, desde los veinte hasta los setenta de la centuria inmediatamente anterior.

¿Dónde irá a caer este globo? ¡Vaya uno a saberlo!

Difícil vaticinar hasta dónde podrá superar barreras limítrofes esa cruzada y cuánto habrá de durar. Mientras, Otraparte, su adoptado santuario envigadeño, le sirve de punto de apoyo con simoníacas y arcaicas convocatorias, con invocaciones a Bakunin y relecturas de Nietzsche y Schopenhauer, por la influencia que éstos tuvieron en el filósofo antioqueño redescubierto, a quien le imputan el padrino de la libertaria corriente poético existencial que comandó el andino Gonzalo Arango con unos apóstoles que, incluso, lo aventajaron en posiciones propagandísticas y en el acopio de culturas por entonces vanguardistas.

¿De dónde surgió ese empeño? Un cúmulo de factores incidió y preserva la bienintencionada gestión, entre ellos el coincidente concurso de influyentes medios de comunicación y de reputadas academias o claustros docentes. Cada quien hace su aporte para que continúe la llama encendida.

Jota Mario Arbeláez y Eduardo Escobar, hoy día felices yayos nonagenarios, continúan como lúcidos y gratos columnistas de *El Tiempo*, el primer diario colombiano. EAFIT, en la era rectoral de Juan Luis Mejía, acolitando reediciones de textos y epistolarios de Gonzalo Arango, también puso su grano de arena en tal propósito. UNAULA rescató del olvido a Humberto Navarro y a Jaime Espinel, el primero, uno de los principales personajes del nadaísmo en lo vivencial y en lo literario, el segundo, otro legendario de esa tendencia poético-existencial.

A Espinel, enterados en las letras llegaron a calificarlo lustros atrás como el mejor cuentista de esa camada de narradores que floreció en los decenios intermedios del siglo veinte. Manuel Mejía Vallejo, entre ellos, entre quienes así opinaron.

Pero, ¿por qué esta perorata?, rezongará algún veedor de estas líneas en las que me estoy enfrascando, cuando se venden de entrada como la evocación coyuntural, como el perfil de un escritor de la parroquia con nombre propio. Ya lo verá, querido lector. Sin afanes... No hay efecto sin causa.

Para todo en la vida hay tiempo, modo y lugar.

Y este 2023 nos dio papaya: nos sirve, entre millones de acotaciones, para recordar –o para saber–, que hace un siglo nació don Manuel, de quien, además, se cumplen setenta y cinco calendarios de su finiquito terrenal.

Y don Manuel no es otro que Manuel Mejía Vallejo, escritor de tal envergadura que usted seguramente conoce alguna de sus obras, así desconozca su autoría. Hace varias décadas la caja mágica de la televisión sirvió para posicionarlo entre millones de seguidores de una exitosa saga, *La casa de las dos palmas*.

Al promediar el siglo veinte Manuel Mejía trajinó a lo largo y ancho de la América India en su rol de reportero, oficio con el cual se fue curtiendo para formar el cuentista y novelista que llegó a ser. Una parábola existencial análoga a la del único Nobel literario colombiano hasta el momento, que Mejía reeditó en su mocedad para andar tras las huellas plantadas decenios atrás por su paisano Miguel Ángel Osorio Benítez, ese exitoso periodista de una veintena de seudónimos que habría de rubricar todo bajo el acervo probatorio de su genialidad como Porfirio Barba Jacob, mote que le valió la inmortalidad y el reconocimiento en dos países que se hermanan en asuntos de cultura a partir de nombres como el suyo en prolífico listado.

Por las coincidentes de México y Colombia, y por desandar caminos trazados por Barba Jacob, el joven Mejía Vallejo fue a parar a suelo azteca, en donde conoció a Juan Rulfo. En nocturnal velada, Gabriel García Márquez los avistó y con su descomplique caribeño les pidió per-

miso para compartir una fotografía junto a ellos dos. Entonces pergeñaba sus *Cien años de soledad*.

Luego de su tránsito por Venezuela, Cuba y media Centroamérica, el precoz periodista oriundo del suroeste antioqueño (Jericó, 23 de abril de 1923) habría de terminar su empeño al entrevistar en Guatemala a Rafael Arévalo Martínez, confidente barbajacobiano que, con su perfil de *El Hombre que parecía un caballo* contribuyó, tanto como *El Mensajero* de Fernando Vallejo², a enseñarnos aquel bardo que Mejía Vallejo instaló en sus querencias poéticas junto a César Vallejo, a Pablo Neruda y a León de Greiff.

De Barba Jacob, Manuel Mejía osó afirmar sin reato a sus sesenta aniversarios que “Algunas noches ciertos amigos con hechizamiento –la poesía es para hechizados– piden que les muestre a Porfirio Barba Jacob, a Maín Jiménez, a Ricardo Arenales, a ese tal Miguel Ángel Osorio Benítez. Yo se los digo y el licor señala tres puntas en el camino donde nadie nos aguarda, donde es vano todo empeño, donde llama la muerte... Estuvo a mi lado con las puticas de Jardín y Jericó, La Zarca, Chelito Leucemia, las que nos quisieron por compromiso. Cuando les entregaba a Barba, ellas daban su amor transitorio, las amanecidas, las preguntas para el día nuevo. Yo tenía diecitantos años, los del aprendizaje; veintipico, los del encuentro y la fuga... Barba estuvo conmigo en la pena, conmigo en el amor, conmigo en los territorios desolados... Ahora, cuando desean reunir en libro aquellos artículos escritos en mis viajes de búsqueda, entre parrandas de guaro y marimba, entre estudios y lecturas del fenómeno indígena, entre encuentros fugaces de amor (¿Existirán los amores fugaces?) y desvelos sin causa comprobada, no quiero añadir nada a lo que entonces creía, ni corregir visiones o estilo porque en el fondo me parece correcto lo que hice”³.

² *El Mensajero*. Fernando Vallejo. México: Editorial Séptimo Círculo, 1984

³ *El hombre que parecía un fantasma*. Manuel Mejía Vallejo. Medellín: Imprenta del Municipio, 1984. p. 9.

Estoy hablando, entonces, de un adolescente que también hizo de *El Espectador* el medio para demostrar sus cualidades reporteriles, igual que Osorio Benítez y García Márquez lo hicieron: Manuel Mejía publicó sus crónicas a finales del cincuenta y dos y principios del cincuenta y tres; o sea, pocos años antes de que en el diario de los Cano se instalara el genio aracatence, pero decenios más tarde de que mediante ese rotativo se confirmase la impronta genial del santarrosano, que hizo de la prosa su método de rebusque y de la poesía su razón de vivir.

Si en “Balada de la loca alegría” Barba Jacob se delata (Mi vaso lleno / el vino de Anáhuac / mi esfuerzo vano / estéril mi pasión / soy un perdido / soy un marihuana / a beber, a danzar al son de mi canción...) con la desfachatez con que lo hizo mientras duró su estancia en Guatemala, cuando vivió una bohemia intensa que compartió con Arévalo, en la reedición de su cronicón tras los pasos de su bardo tutelar Mejía Vallejo se sincera con franqueza barbajacobiana, como el cómplice contertulio que fue de mozalbetes, adultos o coetáneos suyos por más de treinta abrilés.

La cultura de Mejía Vallejo era ecuménica y él la proyectó en otros sin alardes, sin ningún aspaviento, para que les sirviese de cantera en su quehacer particular de escritores, periodistas, o de simples diletantes de cuanto atañe a las letras. Además de su morada citadina, Ziruma, su paradisiaco pago rural de El Retiro, y los sitios que frecuentó en Medellín, fueron escenarios en donde se prodigó.

Jamás lo envanecieron loas y lisonjas. Ni siquiera cuando algunos camaradas suyos promovieron una cruzada para que fuese postulado al Nobel de literatura y entre ellos me inmiscuí con febril entusiasmo, después de que fracasásemos en la que antes habíamos adelantado para que fuese León de Greiff quien lo lograra.

Igual que en los versos de Lito Nebbia, Manuel Mejía Vallejo perdió el asombro a fuerza de golpes. Se fue haciendo hombre por su trasiego en noches y madrugadas por pueblos y ciudades.

Llegó a los trece años a Medellín para cursar los estudios de secundaria en el colegio de la Bolivariana, los que interrumpió para tomar varios niveles de dibujo y escultura en el Instituto de Bellas Artes. Su familia se radicó en la capital antioqueña alrededor del año cuarenta y dos por asuntos económicos. El patrimonio de su padre se redujo de manera ostensible con la crisis mundial de los treinta y después por un pleito, a raíz del cual todo estuvo retenido y no podía recoger ni el café ni el plátano de su finca⁴. A propósito, una hermana suya, Roxana, descolló como odontóloga y ceramista.

Con el cúmulo de experiencias asimiladas, con la introspección en quienes hizo cercanos o le alimentaron su quehacer reporteril, con los andares y desandarse a lo largo y ancho de medio continente, Mejía fue moldeando el narrador que a la postre llegó a ser a base de porfía. De denuevo. De constante ejercicio de su único oficio conocido y reconocido.

En él, el verbo se hizo gente, parla y símbolo. Junto a él la oración se tornó encarrete provocador. Lo supo sin vacilación; por eso se prodigó en la cátedra abierta, cercana, constante.

Su casa fue a todas horas un oasis, a cuya puerta tocábamos sin previo aviso en busca de su desinteresada tutoría, periodistas y escritores en ciernes, poetas ávidos de su aprobación a los nuevos versos, amigos de bohemia, convencidos de que allí jamás escasearían las provisiones éticas con las cuales superarían timideces y darían rienda suelta a la conversa desenfrenada sobre heterogéneos temas. Tipleros hubo que fueron recurrentes allí porque, al mismo tiempo que calmaban su sed de embellecedores, le vestían melódicamente trovas y sonetos que aportaba a bucólicas sesiones.

4 *Revista Universidad de Medellín*. Número 61, octubre 1995. Diálogo con Augusto Escobar Mesa. p. 33.

Durante casi dos decenios su parla grata, campechana y docta se hizo sentir en la Universidad Nacional sede Medellín como profe de español y literatura. Y, por lustros, en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín su taller de escritura fue un referente de quienes tenían interés en participar de sus charlas magistrales, o en darle rienda suelta a sus posibilidades narrativas.

Hizo de su casa de la calle Perú, cerca al Parque Bolívar, un grato lar de camaradería y de ocasional apadrinamiento de efímeros o sólidos romances de quienes allí concurríamos, ávidos de contar con el manto tutelar de su maestría.

Con la característica franqueza maicera, que aumentaba al ritmo de los tragos de ron que hubiese tomado, aconsejaba a quienes lo buscaban para un consejo sobre trabajos literarios y pictóricos. Porque de muy joven, casi niño, él recibió algunos cursos de dibujo y pintura en academias medellinenses

¡Qué contertulio fue Manuel!

Le era facilísimo hacerse camarada de Raimundo y todo el mundo. Si algo lo caracterizó fueron sus capacidad y facilidad para hacerse amigo, compinche. Rápido, muy rápido, su interlocutor lo sentía próximo e igual. A Manuel lo singularizó su sencillez.

Su presentación a todas horas viril, impecable, acorde con las circunstancias, aun cuando se daba a faenas campesinas en El Retiro, resaltaban su estampa de galán. De macho a la mexicana.

A nadie como a él le cupo la acepción de Maestro.

Esa facultad con las formas escrita y oral le permitió vivir en forma digna, sin sobresaltos, aunque por naturaleza fue austero, invitador en lugares cercanos a su lar y populares entre quienes lo tenían de referente: El Salón Versailles, céntrico conversatorio de la carrera Junín, El Metropol, salón de billares, de constante música ruidosa de la que Manuel era capaz de abstraerse para pulir un manuscrito; la San Francisco, heladería

se llamaba en los setentas del siglo veinte, hoy ni simple remedo de lo que fue, en pleno corazón de un parque gigante ahora impersonal, con improntas nuevas; el bar de don Lao, un rinconcito escondido de Sucre con Maracaibo, escenario de mucha reunión bohemia, sin reloj de por medio. ¡Y la casa de Dorita! El progreso arrasó con este santuario cultural en donde Mejía Vallejo encontró su media manzana, su estabilidad emocional, a donde Fernando Botero solía llegar en sus épocas de pintor poco conocido como a su casa, y en donde el poeta periodista Óscar Hernández se extrovertía y le rendía culto al tango; en donde Rodrigo Álvarez se desenfrenaba porque se sabía amado por Clarita y todos los demás.

Para Mejía Vallejo el verbo fue siempre, y él fue siempre para el verbo, que no la verborrea, la erudición fatua, esnob, de tantos otros que a su oficio se dan.

En el periodismo, en la docencia, de la que alcanzó a jubilarse en la Universidad Nacional, y en la literatura, que fue su razón de ser, halló su manera de vivir. Su sino le hizo justicia: aunque no lo hizo millonario, sí le dejó vivir buena parte de su existencia sin acosos y crio con Dora Luz una familia de cuatro hijos que andan con éxito ya cada quien por el mundo. Y estuvo al tanto de otro vástago mayor que éstos.

Jamás fue esquivo en darle a los demás su sapiencia raizal, en transmitir su conocimiento aprendido en libros, en amistades frecuentes o esporádicas, y en sus andares por América y Europa. Parco en narrar experiencias, por no aparecer presuntuoso, fue descomplicado y modesto hasta el extremo. Faulkner, Hemingway, Rulfo, le inocularon el que sería su estilo de narrador americanista, pero él mamó de la teta de Carrasquilla sin apenarse por ello. Maestro y discípulo, abrieron y cerraron un siglo en la literatura antioqueña.

Amigo de los premios por considerarlos vehículo expedito para dar a conocer su obra, cuando los obtuvo nunca fueron motivo de discu-

sión: El Nadal con *El día señalado* (1963), El Rómulo Gallegos con *La casa de las dos palmas* (1989). Su madre le pronosticó el Nobel, aunque a él le causó mucha satisfacción personal el Premio Vivencias (1973), convocado por una entidad caleña, que ganó con *Aire de tango*, obra en que dimensiona el idílico Guayaquil, a donde llegó de joven y con el que habría de convivir después largas temporadas.

A Manuel Mejía Vallejo no le hizo falta morir para llegar a la galería de los inmortales dentro de las letras hispanoamericanas. Su legado crece como crece la sombra cuando el sol declina, diría Choquehuanca. Lo acuñamos los devotos irredentos del Maestro de Ziruma cada vez que debemos referirlo. Y me precio, ahora que peino canas, de no avergonzarme cuando reconozco cuánto me influyó y aportó.



JUAN HERRERA SOTO
TÍTULO: DESDE SAN PEDRO DE LOS MILAGROS
TÉCNICA: OLEO SOBRE LIENZO
DIMENSIONES : 60.0 X 80.0 CMS

Algunas de sus exposiciones:

- 2006 Fragmentos Exposición Galería Santa Severa, Bogotá, Colombia
- 2006 Fracciones, Galería Arte Espacio, Pueblo viejo Country Club, Bogotá, Colombia
- 2006 Conexiones, Biblioteca Pública El Tintal, Bogotá, Colombia
- 2010 Anclajes de la memoria,
Biblioteca central Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín
- 2015 Memoriasde un río perdido,
Biblioteca central Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín
- 2019 Naufragios de la memoria, Parque Biblioteca Belén, Medellín, Colombia
- 2019 Las perdidas divas, Art divas Gallery, Medellín, Colombia
- 2022 El ruido de las palabras, intervención en muro exterior de la
Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín., Colombia
- 2022 Ruido, Museo MAJA, Jericó, Antioquia